

Vivir sin DIOSES

¿Es posible ser feliz sin creer en una figura todopoderosa? Algunos teóricos del hedonismo, como Epicuro, Nietzsche o Camus, defendieron una vida apacible sin necesidad de intervención divina.

Javier Valenzuela

Tal vez sea cosa de la edad, pero el exhibicionismo y el afán proselitista de las religiones me resultan cada vez más irritantes. Lo siento en Marruecos cuando escucho las llamadas de los almuédanos y lo siento en España con el repicar de las campanas de las iglesias. ¿No podrían unos y otros practicar sus cultos sin alborotar? Los descreídos somos más discretos. Como aspiramos a que no se nos de el latazo, procuramos no darlo.

Me has preguntado si es posible vivir sin dios y he sentido la tentación de despachar el asunto de un plumazo, de responderte escuetamente que sí, que millones de personas lo hacemos a lo largo y ancho del planeta, sin que, por cierto, ello nos haga más proclives al robo, el asesinato o los abusos sexuales. Pero luego he intuido que, en realidad, lo que deseas preguntarme es si es posible vivir felizmente sin dios, sin la tranquilidad que puede aportar la creencia en una todopoderosa figura paterna y algún tipo de existencia más allá de la muerte. Aunque la respuesta sea de nuevo afirmativa, creo que nuestra amistad merece que intente argumentártela.

Sí, la religiosidad está resurgiendo en lo que llevamos de siglo XXI. Las Américas la viven intensamente en distintas variantes del cristianismo, los popes ortodoxos vuelven a campar por sus respetos en Rusia, los ultras de los tirabuzones son dueños del Jerusalén judío y la fiebre fundamentalista abrasa el mundo musulmán. Incluso aunque no asuman formas tradicionales, numerosas variantes de lo que se ha dado en llamar espiritualidad ganan adeptos a diario. Algunas de ellas, como bien sabes, están francamente de moda.

Con su pan se lo coman. Que cada cual viva como le plazca siempre y cuando respete la libertad de los demás a hacerlo a su manera. En cuanto a mí, me atengo a una visión que tiene, como mínimo, 23 siglos

de existencia, una visión que, entre otros, expresaron el hedonismo de Epicuro, el vitalismo de Friedrich Nietzsche y el existencialismo de Albert Camus. Te adelanto que no estoy hablando de una iglesia, ni tan siquiera de una escuela. El griego, el alemán y el francés eran cada cual hijo de su padre y de su madre, pero, como señala el también francés Michel Onfray, compartieron bastantes cosas interesantes respecto a la posibilidad de dormir a pierna suelta sin contar con dios.

Sirva de pista el contenido de la cartera que llevaba Camus cuando falleció en un accidente de tráfico el 4 de enero de 1960. Allí estaban el manuscrito inacabado de su novela *El primer hombre* y un ejemplar de *La gaya ciencia*, ese libro en el que Nietzsche, tras proclamar la muerte de dios, instaba a los humanos a liberarse de las cadenas de la superstición, a tener el valor de vivir de modo independiente. Que Camus viajara con una obra del alemán no era una casualidad: siempre lo había tenido como uno de sus referentes intelectuales.

Tampoco es casualidad que Nietzsche declarara en *La gaya ciencia* que leyendo a Epicuro disfrutaba de “la felicidad vespertina de la antigüedad”. Epicuro, decía, había inventado “la felicidad de una mirada ante la cual se ha apaciguado el mar de la existencia, y que no se cansa de contemplar la piel multicolor, delicada y estremecida del océano”. Nietzsche concluía así esta reflexión sobre el filósofo griego: “Nunca antes hubo una voluptuosidad tan modesta”.

Empecemos, pues, por el principio. Epicuro nació en la isla de Samos aproximadamente en el año 341 antes de Cristo. Era hijo de un maestro de escuela y una comadrona, y es muy posible que el trabajo de su madre le enseñara a desmitificar la naturaleza, a comprender que todos los fenómenos tienen una explicación material, aunque esta todavía no se haya encontrado. No cabía atribuir a causas milagrosas >



Camus en la redacción
del periódico Combat,
en el año 1944.

ni tan siquiera todo aquello que aterraba a la gente de su tiempo como los terremotos, los volcanes, los eclipses o los relámpagos.

Ya adulto, hacia el año 306 antes de Cristo, Epicuro fundó en las afueras de Atenas una comunidad que vivía de acuerdo con unas cuantas ideas muy heterodoxas para su tiempo. La primera era que, existan o no, los dioses no se ocupan en absoluto de nuestros asuntos; en consecuencia, los seres humanos también podemos y hasta debemos vivir sin tenerles en cuenta. La segunda decía que es asimismo absurdo actuar pensando en la posibilidad de un castigo o una recompensa en el más allá por la sencilla razón de que no hay más allá. Solo tenemos esta vida y lo más sensato es disfrutarla sin preocupaciones metafísicas. “No hay nada terrible en el hecho de vivir para el que no ve nada terrible en el hecho de no vivir”, decía el maestro. ¿Cuál es entonces el objeto de la vida? La felicidad, respondía. ¿Y dónde está la felicidad? En el placer, precisaba.

A Epicuro se le ha intentado desprestigiar presentándole como un apóstol de la orgía y el desenfreno, pero, créeme, es un craso error. El placer al que aludía era, esencialmente, la ausencia de sufrimiento. Por ejemplo, beber un vaso de vino está bien, pero emborracharse es un disparate porque se traduce en el malestar de la resaca y en el deterioro del hígado. La comunidad fundada por Epicuro se llamaba el Jardín y los placeres que cultivaba eran tan naturales y sobrios como unas sardinas asadas con ensalada, hacer el amor en una playa o cantar y bailar en torno a una hoguera. Y de todos ellos, el más ensalzado era la amistad.

No hay prórroga en el paraíso

El pensamiento de Epicuro nos ha llegado a través de algunos fragmentos de sus obras, en particular su *Carta a Meneceo*, y de los textos de su discípulo romano Lucrecio. Constituye a la par una forma de vida y una ética, o, si lo prefieres, una doble dietética, del cuerpo y del alma. Respecto al cuerpo, Epicuro propugnaba mantenerlo en forma, lo que puede implicar la aceptación de algún dolor pasajero; por ejemplo, la extracción de una muela si va a traducirse en un bienestar. Respecto al alma, compuesta también por átomos y para nada inmortal, el objetivo es la ataraxia, la ausencia de turbaciones, la serenidad.

La autosuficiencia del individuo y de la comunidad estaba considerada en el Jardín como un gran bien, cuenta Pierre-Marie Morel, otro de los especialistas franceses en el filósofo de Samos. Se trata de no desear cosas como la riqueza, el poder o la fama cuya consecución o desaparición provoquen gran angustia o dolor. El hombre libre ya posee casi todo en su misma libertad. Epicuro escribió: “¿Quieres ser rico? Pues no te afanes por aumentar tus bienes, sino en disminuir tu codicia”. Y también: “Nada es suficiente para quien lo suficiente es poco”.

El Jardín de Epicuro existió en los años que siguieron al final de la epopeya de Alejandro Magno. En una época convulsa para el mundo helénico, aquella comunidad intentaba no dilapidar el tiempo que le había sido concedido en este mundo porque estaba convencida de que no tendría ninguna prórroga en ningún paraíso platónico. Practicaba el arte de vivir gozosamente y sin excesos. Ni santos ni disolutos.

Puedes imaginarte que, habiendo triunfado oficialmente a comienzos del siglo IV de nuestra era, el cristianismo declaró una guerra de exterminio a las comunidades epicúreas existentes en la antigüedad. Pero de un modo u otro aquella filosofía sobrevivió subrepticamente. “Sin Epicuro no habrían existido el Renacimiento, ni Montaigne, ni el pensamiento libertino del siglo XVII, ni la filosofía de la Ilustración, ni la Revolución Francesa, ni el ateísmo, ni las filosofías de la liberación social”, escribió Onfray en *El País* en 2014.

Nietzsche llegó a la segunda mitad del siglo XIX. Declaró la guerra al cristianismo y preguntó en voz alta: “¿Dónde volveremos a construir el Jardín de Epicuro?”. En su ensayo *Nietzsche y Epicuro* (Editorial Trotta, 2011), el helenista español Carlos García Gual ha

estudiado las semejanzas y diferencias entre el hedonismo del griego, más sereno y moderado, y el vitalismo del alemán, más trágico y dionisiaco. En todo caso, García Gual señala que Nietzsche consideraba a Epicuro como un precursor de su propio pensamiento por haber enseñado a los individuos a luchar contra todo aquellos mundos ilusorios y premios y castigos en el más allá que los transforman en esclavos y haberles exhortado a intentar ser soberanos de sí mismos.

Epicuro devolvió la mirada a la tierra, la voz a lo humano y la importancia a lo cotidiano. Nietzsche, escribe García Gual, apreciaba extraordinariamente que hubiera hablado de “un mundo producto del azar, donde cada ser humano, mortal y efímero, es libre para encontrar sentido a su vida, sin trascendencia ni inmortalidad”. Y admiraba su propuesta de felicidad: una forma de vivir sin miedo a los dioses o a la muerte, el contento de “una modesta voluptuosidad”.

Camus también compartía la idea del filósofo griego de que cada ser humano puede hacer de su vida una obra de arte. Quizá su texto más epicúreo sea *Noces à Tipasa* (*Retorno a Tipasa* en la traducción castellana), donde rememora una jornada pasada en una playa de su Argelia natal. En apenas 10 páginas y con una pluma deliciosa, Camus hace allí una exaltación de las nupcias del ser humano con la naturaleza, de la alegría de vivir que le producen los rayos del sol, la arena de la playa, el salitre del mar y el perfume de las plantas silvestres. “El mundo”, escribe, “es hermoso, y fuera de él no hay salvación”. Y también: “¿Qué es la felicidad sino el verdadero acuerdo entre un hombre y la existencia que lleva?”.

Amén de leer y escribir, a Camus le gustaban el fútbol, el baile, las mujeres, el tabaco, la natación y muchas otras cosas. Se le suele incluir en el grupo de escritores y pensadores franceses que, tras la Segunda Guerra Mundial, propusieron una visión del mundo calificada de existencialismo. Y aunque terminara divergiendo moral y políticamente del mascarón de proa del movimiento, Jean-Paul Sartre, no es incorrecto decir que Camus era existencialista si por ello se entiende ese acuerdo entre el individuo y su existencia de *Noces à Tipasa*.

Camus habló de su relación con el filósofo de Samos en *El hombre rebelde*. Con una vuelta de tuerca intelectual que dice mucho sobre cómo incorporó a su vida y obra las preocupaciones surgidas a lo largo de los siglos XIX y XX. Camus dice en esa su principal obra filosófica que Lucrecio, el discípulo romano de Epicuro, debe ser considerado el primer pensador moderno porque transformó en rebelión manifiesta contra los dioses lo que sólo era cauta sabiduría en el maestro griego.

“El mismo Epicuro”, escribe Camus, “se convertirá en la epopeya de Lucrecio en el magnífico rebelde que no era.(...) Aquí se siente la diferencia que puede haber entre la nueva blasfemia y la antigua maldición. Los héroes griegos podían desear convertirse en dioses, pero al mismo tiempo que los dioses ya existentes. Se trataba, pues, de una promoción. El hombre de Lucrecio, por el contrario, procede a una revolución. Al negar los dioses indignos y criminales, él mismo ocupa su lugar. Sale de las trincheras y comienza los primeros ataques contra la divinidad en nombre del dolor humano”. Magnífico, Camus. Lucrecio fue más lejos que Epicuro: negó a los dioses, a los que el de Samos tan sólo consideraba irrelevantes. Abrió el camino a la idea de que vivir como si dios no existiera convierte al individuo en dios. Con lo que ello implica de libertad y responsabilidad.

Tengo que dejarlo aquí. Es la hora del almuerzo y debo aplacar el malestar que me está transmitiendo el estómago. Como habrás comprendido, estoy hablando de un saber eminentemente práctico.

Te he hablado de Epicuro y Lucrecio, de Camus y Nietzsche. ¿Te parecen marginales? Tal vez. ¿Y qué? ¿Acaso el acuerdo de la mayoría es prueba de que algo es verdadero o justo? Como decía Voltaire, la humanidad creyó a pie juntillas durante milenios que el Sol daba vueltas en torno a la Tierra, lo que era una solemne estupidez. Nietzsche escribió: “Aquellos que bailaban eran considerados locos por quienes no podían escuchar la música”. ■